

La niñez maltratada

En el análisis de las causas de la violencia familiar se olvida con mucha frecuencia el maltrato que reciben los niños. El hogar es la primera escuela y de los adultos del grupo familiar se aprenden las primeras nociones de comportamiento. De ahí que sea tan importante la mala costumbre de maltratar a los niños. Es muy difícil detectar esta conducta porque generalmente se confunde con disciplina. Las personas que integran el grupo familiar, que son testigos del exceso de severidad de algunos de ellos con los niños, generalmente no caen en la cuenta de que se trata de una agresión, con serias consecuencias.

Los niños y adolescentes son las víctimas más indefensas. Su misma condición los incapacita para reaccionar. Su inmadurez emocional los hace mucho más sensibles a las tensiones del entorno. Muchos padres se equivocan cuando creen que disciplina es sinónimo de castigo y no de guía o enseñanza. La exagerada exigencia en el desempeño escolar es la causa que en el Japón, la tasa de suicidio de niños y adolescentes sea la más alta del mundo. El desasosiego y la ansiedad que causa en un niño el temor constante a un padre o a una madre castigadora y represora, va minando paulatinamente la autoestima. De grandes, estos chicos son poco conscientes de sus necesidades y oscilan entre sus propios anhelos y la incertidumbre.

Otros criterios que no producen buenos resultados en cuanto a encaminar a los niños por el camino del respeto a sí mismo, es el de darles sermones, avergonzarlos o humillarlos, provocándoles culpa. ("Cómo puedes hacerme esto, después de todo lo que me sacrifico por vos"). El doctor Barton D. Schmitt, pediatra del Hospital de Denver, Estados Unidos, enumeró una serie de errores de los padres, además del castigo físico. Mencionó los gritos. Levantar la voz hace que los niños se vuelvan indiferentes y miren a la persona que les grita como alguien que está furioso por una falta muy grave. Lo más probable es que la madre o el padre o cualquier familiar que le grita a un niño, lo hace por costumbre, y no por algo importante. El niño que es gritado frecuentemente termina por no distinguir lo que es importante, de lo que no lo es.

La dependencia de la opinión de los padres tiene por efecto que el niño se acostumbre a amoldarse excesivamente a los deseos de éstos, evitando exponer su parecer por miedo a recibir una reprimenda o un grito.

Otro error es reprocharles lo que se gasta en dinero para su educación, como una manera de conseguir un mejor rendimiento. Si se cumple ese propósito, habrá sido al costo de la infelicidad del niño, que se sentirá culposo cada vez que no satisface los anhelos de sus progenitores.

Las expresiones de afecto y el respeto por la libertad no significan ausencia de límites. Más bien es dejarles un amplio margen para que desplieguen su iniciativa, su creatividad, su sociabilidad y sus energías físicas, todo eso es imprescindible para una maduración psicológicamente sana. Así como en el juego, el niño arma y desarma un mecano, y se equivoca en un juego de mesa, así debe dejarse que se equivoque en cosas que ha elegido, como parte del diario vivir. Es la única manera de que aprenda a ser responsable. Por el contrario cuando los padres se afanan en evitarles equivocaciones le están impidiendo la experiencia de sacar conocimientos de esas equivocaciones.

Sería absurdo esperar autocontrol de un niño. Si ha cometido una falta, centrarse en ella para reprochárselo, puede debilitar aún más su autoconfianza. Explicarle serenamente y en amable conversación, dónde está el error, tendrá como resultado una mayor comprensión del menor, que no se sentirá humillado. El cuidado y la protección no están reñidos con la emancipación gradual de los hijos a medida que crecen y su independencia paulatina no se contraponen con la necesidad de obtener demostraciones de amor verbal o físico.

Los chicos que han sido amados y cuidados y sobre todo respetados, de grandes serán menos vulnerables a las experiencias exteriores, porque estarán mejor armados para enfrentar los sufrimientos inevitables de la vida. La tarea de educar a los hijos es el mayor desafío que afrontan las personas. Las diferencias entre una generación y otra marcan pautas a las que no están acostumbrados los adultos. Muchas veces creen que adoptar las mismas que tuvieron buenos resultados con ellos, darán iguales resultados con sus hijos. La extrema severidad es tan mala como la permisividad sin límites. Encontrar el término medio justo es muy difícil. Existe una brújula que nunca falla para saber qué se tiene que hacer en determinada circunstancia: es el amor.

María Elena Oddone

24



EL TRIBUNO
OPINION

Salta,

lunes 23 de marzo de 1992



El Tribuno